

Un dragón en la insurgencia: Juan Aldama Un dragón en la insurgencia: Juan Aldama

**David Guerrero Flores
INEHRM**

Esta es la historia de un dragón que tornó a la rebeldía. Juan Aldama nació en 1774, en la villa de San Miguel el Grande. Provenía de una familia acaudalada de ascendencia española, con influencia en las ciudades de Guanajuato y Querétaro. Atento a las oportunidades de la época, ingresó en el ejército, institución en la que muchos jóvenes criollos definieron su carrera y encontraron una forma de ascenso social. En 1810, tenía 36 años de edad, era viudo, tenía dos hijas y ostentaba el grado de capitán del Regimiento de Dragones Provinciales de la Reina.

Aldama compartía las inquietudes de muchos súbditos novohispanos frente al declive de España en Europa y, de manera especial, por los acontecimientos de 1808: la invasión de la península por el ejército francés, la crisis de la monarquía y el cautiverio de la familia real, seguidos de la resistencia armada, el establecimiento de numerosas juntas y fuerzas revolucionarias, sin olvidar la destitución del virrey José de Iturrigaray, ocurrida en septiembre, en la Ciudad de México.

La idea irrefutable de la defensa de la religión católica, frente a la impiedad de los revolucionarios franceses y el temor a la contaminación herética de los ingleses, cundía en conversaciones y estribillos que se aprendían de memoria y se propagaban como el sol del mediodía. Además, en villas y ciudades, los americanos se reunían en tertulias y veladas literarias para comentar los pormenores y las ideas políticas en boga. La sustancia de las reflexiones no era nueva, databa del siglo XVI, pero adquiría brillo y actualidad por el cautiverio del bienamado Fernando VII, al afirmar que, en ausencia del soberano, la salvaguarda de la nación debía trasladarse al pueblo, cuya materialidad residía en el ayuntamiento y en el consejo de las corporaciones integradas por religiosos,

letrados y comerciantes. Esto ya se había realizado en la península, y nada más consecuente que se practicara en la América hispana.

Desde el otoño de 1808 proliferaron las reuniones secretas, las tertulias y las conspiraciones, cuyos participantes estaban decididos a intervenir en la política, para emprender, como primer paso, la deposición de las autoridades capitalinas, por considerarlas ajenas a sus intereses y “afrancesadas”. En el estudio de la independencia nacional sobresalen dos conspiraciones: Valladolid (1809) y Querétaro (1810). En ambas, el capitán Juan Aldama tuvo injerencia y recibió noticias anticipadas para deslindarse y tomar los aprestos convenientes.

Sin embargo, Aldama no era el más activo y arrojado participante de estas iniciativas. El capitán Ignacio Allende tenía amistad con él y se mostraba partidario de un cambio en beneficio del reino y de la potestad soberana de la nación. A él se atribuía una pinta en el campamento de Xalapa, Veracruz, que a la letra decía: “Independencia cobardes criollos”. También se contaba como asistente a las tertulias vallisoletanas y queretanas. De hecho, se dice que él involucró a Hidalgo y a Aldama en la conspiración de 1810.

Por muy sinceras y patrióticas que fueran las intenciones de los contertulios, las autoridades capitalinas se mostraron preocupadas por los brotes de desobediencia y rebelión. En Valladolid, muchos de los confabulados fueron descubiertos y encarcelados. Un año después, corrieron noticias de la delación en Querétaro y los participantes se apresuraron a desaparecer de la escena pública y a disimular sus simpatías, o bien, a quemar las naves, en espera del cambio y de la buena fortuna.

De acuerdo con la épica, una vez que Miguel Domínguez, corregidor de Querétaro, se enteró de las pesquisas y de las primeras aprehensiones, hizo todo lo posible por deslindarse del asunto y encerrar a su mujer en casa, para sustraerla de peligros e interrogatorios. No obstante, fue Josefa Ortiz quien envió noticia al capitán Allende sobre las órdenes de captura que pesaban sobre él, Aldama e Hidalgo. Al recibir el mensaje en San Miguel el Grande, Aldama marchó

al pueblo de Dolores, donde se encontraban sus compañeros de acción. Iba preocupado porque los preparativos del levantamiento armado se encontraban en ciernes. Sin embargo, no imaginaba la celeridad que tomarían los sucesos. En casa de Hidalgo se comentó la situación y al cabo de un rato se dejó sentir el arrebatado del cura, que exclamó: “Caballeros, somos perdidos, aquí no hay más recurso que ir a coger gachupines”. Aldama, temeroso de las consecuencias, se animó a comentar: “Señor, qué va a hacer vuestra merced, por amor de Dios; vea vuestra merced lo que hace”.

Lo que sigue es de sobra conocido: en Dolores se liberaron y armaron a los presos de la cárcel, se aprehendieron a los españoles, se incautaron recursos monetarios y se arengó al pueblo para sumarse al levantamiento armado. Hidalgo aprovechó su condición de sacerdote para atraer voluntades, exclamando que habían terminado la opresión y los tributos. Además, prometía pagar en moneda a los hombres que lo secundaran. En medio de una muchedumbre enardecida y presta a la venganza contra los españoles, la disciplina militar de Allende y Aldama sirvieron para dar unidad y mediana compostura a aquella turba que marchó a San Miguel el Grande, Celaya y Guanajuato.

En San Miguel se adhirió el regimiento de dragones, con sus monturas, sus armas de fuego y la lealtad cifrada en sus capitanes. A medida que ganaban camino, crecían las filas de la rebelión. Eran miles de criollos, mestizos e indios procedentes de las haciendas, las rancherías y los pueblos vecinos. Se armaban como podían con lanzas, cuchillos, machetes, garrotes, arcos, flechas, piedras y hondas. Con la esperanza de inhibir a los alzados, el virrey Francisco Xavier Venegas publicó un bando fechado el 27 de septiembre, por el cual ofrecía 10 mil pesos a quien entregara vivos o muertos al cura Hidalgo y a los militares Allende y Aldama. De igual modo, se propagaron rumores sobre la excomunión de Hidalgo. Sin embargo, nada de esto prosperó y los hombres siguieron al cura de Dolores, cuya escolta portaba la imagen de la Virgen de Guadalupe. A su paso, la gente miraba al caudillo y al estandarte guadalupano con devoción y respeto.

El efecto psicológico que generaba el aumento de los seguidores redundaba en la sensación de triunfo, pero con el inconveniente de avivar los tumultos, el enojo contra los españoles y la codicia sobre sus propiedades. En más de una ocasión, Aldama se manifestó en contra de la rapiña y el maltrato o la ejecución de los españoles, a lo que Hidalgo respondía que no era asunto que pudiera evitar, y, por el contrario, ayudaba a encender el entusiasmo de las huestes.

El 28 de septiembre los insurgentes asaltaron la alhóndiga de Granaditas, en Guanajuato. Los saqueos y la matanza de españoles fueron inevitables, por más que se dictaron disposiciones al respecto. Reorganizados y abastecidos, el 17 de octubre ocuparon Valladolid, esta vez de manera pacífica, y el 22 se reunieron en Acámbaro los principales jefes de armas. Hidalgo fue aclamado como líder del ejército y recibió el título de generalísimo; Allende fue investido como capitán general, mientras que Juan Aldama, Mariano Jiménez y Joaquín Arias, entre otros, recibieron el grado de tenientes generales. De igual manera, se distribuyeron los grados de mariscal de campo, brigadier, coronel, capitán y sargento, entre los jefes y principales de la tropa. Toda vez que se proporcionó estructura de mando y se formaron legiones de mil efectivos cada una, se considera esta fecha como el nacimiento del ejército insurgente.

Vale la pena insistir que el número, la indisciplina y el miedo que suscitaban sus desplazamientos fueron características de la rebelión de Hidalgo. Sin detenernos en el relato de cada una de las acciones, es preciso recordar que Guanajuato fue tomada por la fuerza, en tanto, Valladolid, Toluca y Guadalajara fueron entregadas de manera pacífica, por temor al pillaje y los asesinatos. En cuanto a las batallas decisivas, el primer triunfo insurgente tuvo lugar en el Monte de las Cruces, el 30 de octubre, donde el ejército del coronel Torcuato Trujillo se vio rebasado ante la superioridad numérica de los contrarios. También es probable que la conciencia de comandar a un ejército numeroso, pero sin habilidades ni coordinación estratégica, influyera en la decisión de regresar al Bajío y no avanzar sobre la Ciudad de México. De hecho, la ineficacia fue una realidad que se mostró clara y flagrante durante el descalabro sufrido en la batalla de Aculco, el 3 de noviembre,

seguida de la pésima defensa de Guanajuato, el 25 de noviembre, y más aún en el desenlace de la batalla de Puente de Calderón, el 17 de enero de 1811, donde la superioridad numérica, de artillería, de posición en el terreno y hasta el desarrollo inicial del combate a favor de los insurgentes se transformaron en una estrepitosa desbandada por el estallido de un polvorín que atemorizó en oleada al conjunto de las fuerzas y puso de manifiesto ante los ojos del general realista Félix María Calleja que el ejército rebelde era un conglomerado imponente, pero desprovisto de estrategia y unidad efectiva.

Juan Aldama, aquel capitán de dragones nombrado teniente general de la insurgencia, marchó junto con los demás jefes y un reducto del ejército hacia Aguascalientes, Zacatecas y Saltillo, rumbo a los Estados Unidos para buscar apoyo, armamento y refugio. En la hacienda de Pabellón, camino de Zacatecas, una junta de generales retiró el mando militar a Hidalgo, con órdenes de asesinarlo si intentaba darse a la fuga. Rumbo a Saltillo, se detuvieron en Matehuala y ahí recibieron la noticia del indulto que les concedía el virrey Venegas, a condición de rendirse y entregar las armas. A pesar de la situación que vivían, los insurgentes respondieron airoso: "El indulto es para los criminales, no para los defensores de la patria".

En Saltillo encomendaron la dirección de la mayor parte del ejército al licenciado Ignacio Rayón, quien al lado de José Antonio *el Amo Torres*, enfilaron las tropas rumbo a Michoacán. A su vez, los principales jefes y un reducido destacamento continuaron hacia el norte. Aldama era uno de los más insistentes en llegar a la frontera con Estados Unidos y de hecho había conseguido que su hermano Ignacio fuese nombrado embajador ante el gobierno norteamericano. Sin embargo, a mitad del desierto fueron capturados en Acatita de Baján, el 21 de marzo de 1811, por el capitán Ignacio Elizondo. De ahí se les trasladó a la ciudad de Chihuahua, donde se les sometió a juicio militar. El 26 de junio cayeron fusilados Ignacio Allende, Juan Aldama, Mariano Jiménez y Manuel Santa María. Los cuerpos de los tres primeros fueron decapitados y junto con la venerable testa de Miguel Hidalgo, ejecutado el 29 de julio, las cabezas fueron trasladadas a

Guanajuato, para exhibirlas en jaulas, en las esquinas de la alhóndiga de Granaditas, donde permanecieron 10 años, hasta la consumación de la Independencia.

Tal fue la ventura de Juan Aldama, capitán de dragones, vuelto un militar insurgente. Sus restos reposaron en un camposanto de Chihuahua y tras el descenso de la jaula, el cráneo quedó depositado en la iglesia de San Sebastián en Guanajuato; a partir de 1823, fueron depositados en la Catedral Metropolitana de la Ciudad de México, y desde 1925 en el mausoleo de la Columna de la Independencia, lugar de donde fueron exhumados el 30 de mayo pasado, para rendirles homenaje junto a los restos de otros protagonistas de la Independencia.